



HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO (4/8)

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=nwj6NPnnQ2o>

«**Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo**». Como hemos hecho en charlas anteriores, comienzo subrayando el hilo conductor que existe en las peticiones del Padre Nuestro.

Estamos en la tercera petición, que es consecuencia de las precedentes. Si comenzamos reconociendo el señorío de Dios: «*santificado sea tu nombre*» –Dios es Santo– y después pedimos que venga a nosotros su reino, pues lo que nos queda es pedir ahora que seamos consecuentes y que hagamos su voluntad.

Porque claro, decir: «*santificado sea tu nombre*» y no hacer su voluntad, pues nos recuerda ese texto de *Mateo 7:21* que dice: «*No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre*».

Luego es bastante lógico que después de decir «*santificado sea tu nombre*» digamos: «*Bueno, pues entonces hágase tu voluntad*».

Y además, San Ignacio de Loyola, por ejemplo, dice que el amor se ha de poner más en obras que en palabras. No hay porqué contraponer palabras y obras, pero si hay que elegir entre ambas, más importantes son las obras que las palabras. De hecho, ahí tenéis ese otro texto evangélico que habla de un padre que tenía dos hijos y que les envió a una viña; y uno dijo: «*Sí, sí, que voy*», que voy, y que no fue; y otro que dijo: «*No quiero, no quiero*», pero mira, al final fue; obviamente eran más importantes las obras que la palabra. Por lo tanto, es lógico que la conclusión sea «*hágase tu voluntad*» después de haber dicho «*santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino*», que se haga su voluntad. Porque las obras son más importantes que las palabras, siendo así que también las palabras son importantes.

Somos lo que hacemos, más que somos lo que decimos ¿Que somos lo que decimos o lo que hacemos? En realidad, somos lo que hacemos, seamos claros, es lo determinante en nuestra vida.

Bien, dicho esto, vamos a comenzar diciendo que eso de que se haga la voluntad de Dios es una petición contracultural; que no se entiende fácilmente en la cultura de nuestro tiempo, pues esto entra en conflicto con la mentalidad moderna. Porque hoy en día hay como un dogma sacrosanto de la modernidad que es la autonomía de la propia voluntad. Eso es como un dogma que no hay quien lo toque, cada uno es autónomo en su voluntad. Es cierto que el tiempo ha demostrado que eso de que aquí lo importante es que cada uno haga lo que quiera, eso se ha dicho muchas veces; pero el tiempo está demostrando que estamos cada vez más en una dictadura del relativismo. Se empezó diciendo «¡que viva el relativismo!, que cada uno haga lo que quiera», y hoy estamos descubriendo que eso era una “engañufla”. Esto es una dictadura del relativismo en la que tienes que hacer lo que ellos digan; eso de que cada uno es autónomo en su voluntad, sí, se decía en teoría, hasta que algunos han cogido la sartén por el mango y entonces ahora ya se hace lo que ellos dicen. Con lo cual, eso de que la voluntad es autónoma, a ver, vamos a ver, no se lo creen ni los que lo dicen, porque es que al final resulta que tampoco es verdad que lo practiquen; aunque lo decían, pero luego no lo practican.

Pero es cierto que expresiones, por ejemplo, la de: «*He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*», a nuestra cultura eso le chirría, pero ¿cómo «la esclava»? a ver, el hombre tiene que ser libre. Y hay algunas órdenes religiosas que han puesto nombres similares: “Esclavas de Cristo”, “Esclavas de...”, pero ¿cómo esclavas? Eso chirría, chirría a una cultura de la libertad. Aquí hay una paradoja, que es que María se presenta como esclava de la voluntad de Dios y es la criatura más libre que jamás ha existido ni existirá.

A ver, vamos a entender esto. Entonces hay que comenzar por desenmascarar una mentira, porque este mundo promete libertad y te esclaviza, y Jesucristo nos pide que cumplamos su ley y nos libera. Luego aquí no es oro todo lo que reluce, como se dice; hay que desenmascarar una mentira. El mundo promete una libertad, jamás se ha enarbolado tanto como ahora la bandera de la libertad: “yo *hago lo que quiero*”, y estamos llenos de adicciones y de esclavitudes, totalmente atrapados en montones de esclavitudes. Y sin embargo **Jesucristo te pide que abras tus mandamientos, y te libera**; con lo cual hay que decir que ese supuesto escándalo... “pero ¡qué escándalo!, eso de que el hombre no sea autónomo, que el hombre tenga que hacer la voluntad de Dios, pero ¿qué es eso? El hombre tiene que realizar su propia voluntad y su propia libertad...”, es que quien hace tal afirmación no conoce lo que es Dios, la visión cristiana.

Yo ayer mismo envié a redes sociales un mensaje que decía lo siguiente: **«La felicidad no consiste en la realización de nuestros deseos, sino en descubrir que la voluntad de Dios lo supera infinitamente»**. La voluntad de Dios supera mis deseos; yo tengo unos deseos, pero en realidad no sé lo que me conviene, “Yo, qué sé lo

que me conviene”. Mi capacidad de conocer mi bien es muy limitada. En realidad, Dios me quiere a mí mucho más y mejor de lo que yo me quiero a mí mismo, con lo cual mi felicidad no es que mis deseos, mis sueños se cumplan, sino mi felicidad será que la voluntad de Dios –que me quiere mucho más de lo que yo me quiero a mí mismo– se realice. Claro, este es un lenguaje que únicamente lo entiende quien se ha aproximado al misterio de Dios y entiende que Dios es nuestro Padre.

Ahora también hay una cierta forma de entender esto, una aproximación desde la experiencia que tenemos en la familia: ¿Acaso un niño a veces a su padre no le pide cosas que en realidad no son su bien? y el padre no se las da, le da lo que es mucho mejor para él; el padre no le da lo que el hijo le pide, sino lo que el hijo necesita; está muy por encima de sus deseos. Bueno, pues eso que ocurre entre un hijo y un padre ocurre entre nosotros y Dios, pero de una manera mucho más excelente. Entonces confiamos en que Dios me conoce y Dios me ama mucho más de lo que yo supongo.

Hay en el *Diario íntimo* de Unamuno –un hombre que luchó entre la creencia y la injerencia– dice él: *«El que quiere lo que Dios quiera, consigue que suceda todo lo que él quiere»*, participa de la omnipotencia de Dios. Claro, si yo digo de verdad: *«A ver, yo quiero la voluntad de Dios, quiero que sea lo que Dios quiera, quiero que verdaderamente la voluntad de Dios se cumpla en mí»*, pues entonces, paradójicamente consigues que todos tus deseos se cumplan, porque como tu deseo es lo que Dios quiera, entonces estás participando de la omnipotencia de Dios por la confianza que tienes en Él.

Esto es lo que creemos los cristianos. Y, por cierto, en el propio lenguaje popular, en los dichos y en nuestros refranes, muchas veces decimos cosas como: *«que sea lo que Dios quiera»*, y expresiones de este tenor, que son expresiones que están dichas por alguien que sabe muy bien que Dios sabe más. Dios sabe más, *¿Qué sé yo!*, Dios sabe más, y además me quiere mejor y más de lo que yo me amo a mí mismo. Bueno, pues entonces por eso, frente a ese escándalo de decir: *«Pero, hombre, ¿cómo se puede decir que se haga la voluntad de Dios pasando por encima de la autonomía de la voluntad del hombre?»*. Claro, quien piensa así no entiende lo que es el misterio de Dios, no entiende lo que es ser nosotros hijos de Dios y de cómo su conocimiento y su amor está muy por encima del nuestro.

Vamos a profundizar en esa petición de **«hágase tu voluntad»**. ¿Por qué se dice hágase tu voluntad? ¿Es que hay riesgo de que no se haga o qué? A ver, la voluntad de Dios es eterna, entonces, ¿por qué pido hágase tu voluntad? ¿acaso Dios no es omnipotente? ¿por qué lo pedimos? Efectivamente, Dios es omnipotente, pero distinguimos dos órdenes:

- Por una parte, están **las leyes naturales**. La voluntad de Dios ya se expresa en las leyes naturales de la creación que están plenamente sometidas a la voluntad de Dios.

- Pero existe sin embargo un orden distinto, que es el de **la libertad del hombre**, que no es automática, que en ese orden la voluntad de Dios no es automática como es en el resto de la creación, pasa por nuestra libre cooperación.

Dios ha hecho algo inaudito, que es entregar el cumplimiento de su voluntad a nuestra libertad. Ha asumido un riesgo impresionante, pero lo ha hecho. Ha entregado el cumplimiento de su voluntad a nuestra voluntad, y por eso la petición del Padre Nuestro: *«hágase tu voluntad»*, pues es como si dijésemos: *«Que yo no obstaculice tu voluntad»*, sería la manera de traducirla. Porque dice: *«A ver, ¿en qué traducimos “hágase tu voluntad”?»*, la voluntad de Dios obviamente se va a hacer; en el fondo estamos diciendo *«que yo no obstaculice tu voluntad, que actúe en libertad, en dócil cooperación con Dios, que mi libertad sea bien empleada para cooperar dócilmente con Dios»*. Eso es lo que estoy pidiendo cuando yo digo *«hágase tu voluntad»*.

Dicho de otro modo: con esta petición estamos pidiendo por nosotros, no por Dios. No le estoy diciendo a Dios: *«Señor, hazla, no dejes de hacerla»*; a ver, si es que la va a hacer sí o sí. Es decir, lo que estoy pidiendo es por mí, para que yo no la obstaculice, que yo coopere dócilmente con esa voluntad.

Santa Teresa de Jesús, con mucha gracia, en el comentario que tiene ella al Padre Nuestro dice: *«La voluntad de Dios es eterna y omnipotente; de lo que se trata es que hagamos de la necesidad virtud»*. O sea, que la voluntad de Dios es y va a ser, pero que yo lo viva virtuosamente, que coopere con ella, que la haga mía, que sea una cooperación amorosa y libre. Dice ella: *«Tú haz de esa necesidad virtud»*. Es hermosa esa expresión que tiene.

Pues bien, dicho esto, digamos una cosa más: Esta petición no debe entenderse como que se trata de agachar la cabeza: *«agacha la cabeza y haz la voluntad de Dios»*, sino como la consecuencia de una plena confianza en el amor de Dios. Yo no digo *«hágase tu voluntad»* porque tengo que agachar mi cabeza meramente, no. No es una obediencia servil, sino **es una obediencia filial**, que es distinto; porque el hijo confía en el Padre y sabe que le ama.

El Papa Francisco recientemente, decía él: **«Rezando “hágase tu voluntad” no estamos invitados a bajar servilmente la cabeza como si fuésemos esclavos, no; Dios nos quiere libres y es su amor el que nos libera»**. Obviamente, la expresión «la esclava del Señor» o «ser esclavos del amor de Dios» es un término que hay que

entenderlo, porque claro, un esclavo no lo hace por amor, pero nosotros entendemos el término esclavitud en un sentido que integra nuestra confianza en el amor de Dios.

Hay una oración emblemática, preciosa, que es la de San Carlos de Foucauld. Es una oración que nos enseña cómo la obediencia a Dios del cristiano, no es una obediencia servil sino amorosa, confiada. La famosa oración que dice:

*«Padre, me pongo en tus manos,
haz de mí lo que quieras,
sea lo que sea, te doy las gracias.
Estoy dispuesto a todo,
lo acepto todo,
con tal de que se cumpla tu voluntad en mí,
y en todas tus criaturas.
No deseo nada más, Padre.
Te confío mi alma, te la doy con todo el amor
de que soy capaz,
porque te amo.
Y necesito darme,
ponerme en tus manos sin medida,
con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre».*

Claro, es una oración en la que uno entiende que **cumplir la voluntad de Dios es un acto de confianza en el amor de Dios**; no es “agacha la cabeza”, ¿me explico?, no, es un acto de confianza amoroso.

Bien, dicho esto, doy un paso más en esta reflexión, entro a explicar un poco la clave cristológica, que es muy importante. **La clave cristológica de este «hágase tu voluntad»**, porque Jesucristo hizo la voluntad del Padre. **Él fue el que hizo la voluntad del Padre y Él fue el que nos ha enseñado a hacer la voluntad de Dios.**

Precisamente nuestro pecado original consistió en desobedecer, en no fiarse del amor de Dios. Entonces, la redención de nuestro pecado ¿cómo ha sido?, obedeciendo al Padre. Cristo ha redimido nuestra desobediencia con su obediencia. La voluntad humana de Jesucristo ha obedecido la voluntad del Padre. En Jesús hay dos voluntades: la voluntad divina y la voluntad humana. Hombre, como os podéis imaginar, la voluntad divina de Jesucristo obviamente es una con la voluntad del Padre; pero el mérito de Jesucristo ha sido que su voluntad humana ha pronunciado un sí, ha pronunciado un «*hágase, Padre, tu voluntad*». Y ese mérito de la voluntad humana de Cristo obedeciendo

al Padre es el que nos ha redimido a nosotros. Cristo dio un sí a la voluntad del Padre tan meritorio que redimió la desobediencia del género humano y nos enseñó a nosotros a obedecer.

La Sagrada Escritura está llena de textos que hablan de esa obediencia. Por ejemplo:

Hebreos 10:7, dice que cuando Jesús llegó al mundo dijo: «*He aquí que vengo, oh Dios, a hacer tu voluntad*». El hombre te ha desobedecido, yo quiero obedecerte, Padre, y mostrar el camino de la obediencia.

Juan 8:29: «*Yo hago siempre lo que le agrada al Padre*».

Juan 4:34: «*Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre*». ¡Qué texto este! San Juan dice esto, pone en labios de Jesús esta expresión: «*Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre*». El alimento de Jesús era hacer lo que el Padre le pedía. O sea, Jesús nos está enseñando plenamente lo que es la obediencia. Y ojo, eso no quiere decir que la obediencia a Jesús no le resultase costosa. Le resultó costosa porque humanamente hablando también Él vio la resistencia de la naturaleza humana.

Y dice *Hebreos 5:8*: «*Aun siendo Hijo, aprendió sufriendo a obedecer*».

Por eso, en esa lucha en Getsemaní dijo: «*Padre, si es posible que pase de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya*». Y en ese momento Jesús nos redimió y nos enseñó a decir «*hágase tu voluntad*».

Dice *Hebreos 10:10*: «*Y en virtud de esta voluntad somos santificados merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Cristo*». **Hemos sido santificados en el acto de obediencia de Cristo al Padre.**

Bueno, esta es la clave cristológica de ese «*hágase tu voluntad*».

Santo Tomás de Aquino en la *Suma Teológica* profundiza más en esta clave cristológica para intentar comprender por qué Jesús llegó a vivir ese conflicto de Getsemaní en el que Jesús le pidió al Padre: «*Padre, si es posible que pase de mí este cáliz*», y volvía y lo pedía, pero luego al final luchando decía: «*Que no se haga mi voluntad sino la tuya*». Y entonces Santo Tomás de Aquino dice: «*¿por qué pasó Jesús ese calvario?, ¿qué nos quiso enseñar en esa lucha que tuvo?*» Y es muy interesante la respuesta que da en la *Suma Teológica*, dice cuatro cosas:

- La primera: **para que viésemos que cuando Jesús se hizo hombre, se hizo hombre de verdad.** Que a veces decimos: «*Sí, claro, Jesús era hombre*», pero, ¿me explico?, como si fuese una humanidad de cartón piedra. A ver, tenía una verdadera voluntad humana, la Encarnación va en serio, hacerse hombre con todas las consecuencias para que nos diésemos cuenta de que la Encarnación fue verdadera.

- Segundo lugar, dice Santo Tomás de Aquino, para que comprendamos que cuando le pedimos a Dios: «*Señor, si es posible que pase de mí este cáliz*», «*Señor, dame la gracia de que esta enfermedad sea sanada*», que **cuando luchamos en ese pedirle a Dios lo que creemos que es nuestro deseo y lo que es bueno, dice: «para que entendamos que no estamos pecando»**, que tampoco Jesús estaba pecando cuando le decía al Padre: «*Aparte de mí este cáliz*». O sea, que también dice Santo Tomás de Aquino: «*Jesús también pasó por eso para que tú tengas libertad de pedirle a Dios lo que entiendas que tienes que decirle, y que no pienses que estás siendo un rebelde*». Tú pide lo que lo que en tu humildad y en tu sencillez entiendas que tienes que pedir. Ahora, luego aprende a decir: «*Pero que no se haga mi voluntad sino la tuya*».

- En tercer lugar, dice Santo Tomás de Aquino, **para que comprendiésemos que debemos de aceptar la voluntad de Dios libremente, incluso a veces contra nuestros deseos.** Porque a veces nuestros deseos no coinciden con la voluntad de Dios; a veces sí, ¡ojalá mis deseos siempre se conjugasen con la voluntad de Dios! pero, «*como yo no entiendo*». Hay muchas cosas que vistas desde Dios se ven de otra manera, pues tengo que aceptar que la voluntad de Dios puede ser diferente a la de mis deseos, porque mis deseos nacen de mi sensibilidad, pero claro, la voluntad de Dios nace desde otra perspectiva.

- En cuarto lugar, dice Santo Tomás de Aquino, desde esa lucha interior que Jesús vivió en Getsemaní, **para que se iluminen nuestras luchas interiores, nuestras agonías de Getsemaní.** Porque San Pablo describe la situación de contradicción que existe dentro del interior del hombre. En el hombre hay contradicciones: «*Me veo haciendo lo que no quiero hacer, y lo que quiero hacer a veces no soy capaz de hacerlo*». ¡Y vaya lío que tengo dentro de mí! O sea, me veo que estoy interiormente dividido, hay una batalla dentro de mí. Dentro de cada uno de nosotros hay batalla, cada uno de nosotros estamos en guerra civil. Y si eso es así, buena señal, que dentro de nosotros haya una guerra civil entre el «hágase» y el «hágame», porque es una guerra civil. Y esa guerra está bien que la libremos, y por eso Jesús libró esa batalla para que nosotros aprendamos a librar la nuestra.

Por eso, concluyo esta reflexión, decía que vamos a hablar un poco de la clave cristológica del «hágase». Bueno, pues concluyo con una cita que está en el *Catecismo de la Iglesia Católica* (punto 2825) que es de una cita de Orígenes, –de un padre de los primeros siglos– que dice: *«Adheridos a Cristo, podemos llegar a ser un solo espíritu con Él, y así cumplir su voluntad: de esta forma, ésta se hará tanto en el cielo como en la tierra»*. Es decir, si yo me uno a Cristo, si yo me adhiero a Él, si soy una sola cosa con Él, aprendo a decir que se haga la voluntad de Dios. O sea, me uno a Cristo, a su “sí”, para que de esa manera me sea más fácil el acto de confianza y de obediencia.

Hasta ahora estábamos hablando un poco de la clave cristológica del Padre Nuestro. Doy un paso más, así de tipo, digamos, más práctico: ¿Cómo podemos conocer la voluntad de Dios? Porque claro, si decimos *«quiero que la voluntad de Dios se haga en mí»*, ¿cómo podemos conocer su voluntad? Pedir «hágase tu voluntad» es también pedir conocer su voluntad; quiero conocerla para después poderla cumplir con fidelidad. Luego también es pedir: *«Dame, Señor, la gracia de discernirlo»*, *«Dame la gracia de distinguir qué es voluntad tuya y qué no es voluntad tuya»*, pedir «hágase tu voluntad» también es pedir luz de discernimiento. Hemos dicho antes que decir «hágase tu voluntad» no es recordarle a Dios que la haga, – ¡no, por Dios! – sino que es, de alguna manera, pedir la gracia de colaborar con ella de una manera dócil, pero también es pedir discernimiento para conocerla, porque si no la conozco, no va a ser fácil colaborar con ella.

Entonces, ¿cómo puedo discernir? ¿Es difícil conocer la voluntad de Dios? ¿Es difícil? El Papa Francisco dice: *«Dios no es ambiguo, no se esconde detrás de los enigmas, no ha planeado un futuro del mundo de una manera indescifrable, no; Dios es claro»*. Es verdad, la voluntad de Dios no es un enigma; no, no es un enigma.

Pues, si eso es así, creo que es bueno que digamos: *«Bueno, ¿y cuáles son las formas concretas para conocer la voluntad de Dios?»*. Me voy a atrever a hablar de seis. Vamos a ver:

- Primera: **Conocemos la voluntad de Dios por los Mandamientos de la Ley de Dios.**

Se presenta el joven rico a Jesucristo y cuando le pregunta: *«¿qué tengo que hacer?»*, le dice: *«Ahí están los mandamientos, cúmplelos»*. ¿Por qué? Porque los mandamientos de la ley de Dios están dirigidos a todos los hombres de todos los tiempos, es la ley divina. Con lo cual, si algo es contrario a la ley de Dios y alguien se pregunta: *«¿Querrá Dios esto, no querrá?»*, hijo, no lo dudes mucho porque si forma parte de los mandamientos, la voluntad de Dios está discernida. Ya muchas cosas se resuelven por aquí. A ver, si es

que hay muchísimas cosas que se resuelven por aquí, porque lo que es conforme a los mandamientos de la ley de Dios, ya nos ordena la vida un montón. O sea, el cumplimiento de los diez mandamientos ordena la vida, ¡vaya que si la ordena! Entonces, claro, que alguno se queje de que Dios no habla, Dios te dirá: «¿que no habló?, hijo, yo me quejo de tu sordera», «A ver, pero si te he dado los 10 mandamientos, si te los he escrito en la tabla, vamos, para que no se te olviden». Entonces esto es importante, conocemos la voluntad de Dios de una manera muy especial en los diez mandamientos.

- En segundo lugar: **Conocemos la voluntad de Dios en el cumplimiento de los deberes de estado.**

Cada uno tiene unos deberes según su estado de vida: «¿Qué querrá Dios que haga yo?» «A ver, perdón, José Ignacio, que eres Obispo, a ti te corresponde hacer esto y esto», «Oye, que eres padre de familia, a ti te corresponde...». O sea, hay muchas dudas que, si uno se toma en serio el estado de vida que tiene, quedan resueltas: «Como padre de familia me toca hacer esto. Como sacerdote, de mí se espera lo otro». Los deberes de tu estado de vida son muy clarificadores de qué es lo que se espera de ti porque, digamos, es como una especie de dentro de los diez mandamientos yo tengo una vocación particular. Tú imagínate que una madre dice: «¿Qué hago?, ¿qué querrá Dios?», pongo un ejemplo: «¿Qué querrá Dios ahora que me vaya a hacer adoración eucarística?», dice: «Cuidado, que es la hora de la comida, tengo que preparar la comida para mis hijos». Pues lo que querrá en este momento es que prepare la comida, porque tengo unos deberes de estado, por ejemplo.

- En tercer lugar: (por los mandamientos, segundo a través de los deberes de estado), también **conocemos la voluntad de Dios por la obediencia y la humildad.**

Las personas que tienen autoridad sobre nosotros nos muestran la voluntad de Dios; incluso, por ejemplo, aunque unos padres se equivocasen en ordenar a sus hijos ciertas cosas, pero cuando un hijo da ese acto de obediencia, el que obedece no se equivoca. O sea, en el acto de obediencia hay una certeza en buscar la voluntad de Dios, y la humildad es necesaria para recibir las correcciones de las personas. Si alguien me corrige, tener humildad para poder recibir también una corrección y buscar la voluntad de Dios en esa corrección. Si fuésemos dóciles a las correcciones, podríamos descubrir mucho mejor la voluntad de Dios, sin duda; a ver, si me pongo a la defensiva, claro, tú verás.

- En cuarto lugar: **Conocer la voluntad de Dios desde el discernimiento cuando uno tiene que tomar decisiones.**

Y son decisiones que dices: «¿Será de Dios esto?, ¿no será de Dios esto?, ¿cómo conozco su voluntad?». Entonces, el método de discernimiento que dice: discierne conociendo las motivaciones que te llevan a una decisión o a la otra, y las consecuencias previsibles que se derivan de esa decisión que estás dudando en tomar. Si por ejemplo, estoy dudando en tomar una decisión, pero veo que tengo un peligro muy grande de que esta decisión la tome porque en el fondo tengo celos de esa persona, le tengo cierta envidia, tengo..., no tomes esa decisión; porque si tienes esos sentimientos, lo más seguro es que la decisión esté mal tomada. Para que una decisión esté bien tomada, conforme a la voluntad de Dios, tus deseos tienen que estar purificados, las motivaciones que te llevan a tomar una decisión tienen que estar purificadas, porque si no están purificadas, la decisión que tomes, lo más seguro, va a ser una equivocación.

Por eso dice San Ignacio de Loyola: «*En tiempos de turbación no hagas mudanza*», ¡Quieto, parado!, porque seguro que vas a equivocarte. Tus motivaciones tienen que estar purificadas y tienes que ser prudente, conociendo también la previsibilidad de que, si tomo esta decisión, ¿qué es lo previsible?, ¿va a ser para bien o va a ser para mal? Y uno sopesa las cosas, eso es buscar la voluntad de Dios, y no actuar: «*me dejo llevar y luego lo pienso*», no, un momento, uno discierne buscando si mis motivaciones son puras y si las consecuencias previsibles son prudentes. Ese discernimiento hay que hacerlo y forma parte del camino para conocer la voluntad de Dios.

- En quinto lugar, también dice: **Conocer la voluntad de Dios en la paz de mi alma.**

San Ignacio de Loyola dice cuándo uno tiene que discernir cuál es la voluntad de Dios en su corazón: A ver, «¿cómo escucho yo la voz de Dios dentro de mi corazón en la que Dios me dice: “vete por aquí o tu camino es otro”? ¿Cómo escucho eso?, ¿cómo lo discierno?». San Ignacio de Loyola, y otros muchos, hablan de que cuando nosotros presentamos a Dios una decisión: «¿*Es este camino conforme a tu voluntad?*», si Dios sella con una paz y una alegría muy grande en nuestro corazón, eso que le estamos presentando es un signo de que es voluntad de Dios. Sin embargo, si es algo que me turba, que interiormente me quita la paz, dice: «*entonces no es voluntad de Dios*». La voluntad de Dios se discierne por la paz y la alegría que te da; si es algo que te turba, que te inquieta, entonces es un signo de que no viene de Dios.

Obviamente, para poder aplicar este método de discernimiento debemos tener hábito de hacer oración; si uno no tiene hábito de hacer oración, entonces no va a ser capaz de distinguir si en la oración Dios me da paz o siento turbación. Claro, supone tener hábito para que en nuestra oración presentemos a Dios nuestros discernimientos, y Dios interiormente nos los confirme con el sello de su paz y su alegría, o no.

- Y por último (he hablado de cómo conocer la voluntad de Dios: por los mandamientos, por el cumplimiento de los deberes de estado en nuestra vida, por la obediencia y la humildad, por el discernimiento de motivaciones y consecuencias, por la paz y la alegría de nuestra alma en la oración), y por último, también hay que decir que: **hay una voluntad de Dios eterna, que está en la Sagrada Escritura, y que se manifiesta de una manera muy clara.**

Por ejemplo, uno lee la Sagrada Escritura y dice: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad», dice *1 Timoteo 2:3-4*. O sea, cuál es la voluntad de Dios también se manifiesta en muchos pasajes pero algunos, muy especialmente de la Sagrada Escritura, en los que Dios revela cuál es su voluntad central: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de Dios por la verdad», por ejemplo. Y entonces entendemos que la voluntad de Dios son las misiones, por ejemplo el Domund; Dios quiere la predicación del Evangelio.

Entonces estamos atentos a ver cómo en la Sagrada Escritura se nos descubre cuál es la voluntad central: ¿Dónde está el corazón de la voluntad de Dios? El corazón de la voluntad de Dios está también en el amor: «Un nuevo mandamiento os doy: que os améis unos a otros». ¿Qué es lo que más quiere un padre?, que sus hijos se amen. ¿Cuál es el disgusto mayor de unos padres?, ver a sus hijos peleados. ¿Cuál es el culmen de la voluntad de Dios? Ama, evangeliza y ama a tus enemigos.

Fíjate, con eso ya lo hemos dicho todo, hemos llegado a la plenitud de la voluntad de Dios: evangeliza y ama a tus enemigos. O sea, que hay que estar atentos a la Sagrada Escritura para descubrir las grandes intuiciones en las que Dios revela su voluntad.

Bueno, y ahora voy a concluir, porque me estoy fijando únicamente en «hágase tu voluntad», pero es que la petición dice: «en la tierra como en el cielo». Vamos a hablar un poco de eso también.

¿Qué significa eso de «en la tierra como en el cielo?» «Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo», ¿Qué significa esa expresión? Algunos padres de la Iglesia entendieron esa expresión de que las palabras «tierra» y «cielo» son sinónimos de «carne» y «espíritu», es decir: que se haga tu voluntad en la carne como se hace en el espíritu. Por aquello que dice el texto que el espíritu es fuerte pero la carne es débil; entonces algunos entendieron que esa expresión podía significar «la tierra como en el cielo, en la carne como en el espíritu». Bien, pero son algunos padres de la Iglesia los que dicen esto, son una minoría. Por otra parte, tampoco hay que decir que la interpretación tiene que ser única, puede ser diversa.

La interpretación mayoritaria es en el sentido literal: «que se haga aquí en la tierra como en el cielo los ángeles y los santos lo hacen». Es la interpretación, digamos, mayoritaria en la tradición de la Iglesia. ¿Por qué? Porque los santos y los ángeles están en la presencia de Dios y viven la voluntad de Dios, es su plena felicidad, su absoluta felicidad. Quizás nosotros tenemos el riesgo de hacer la voluntad de Dios pero no disfrutarlo plenamente, no gozarlo; pero es que ellos viven la voluntad de Dios y lo gozan, es la visión beatífica, es la plena felicidad de vivir en la voluntad de Dios.

Por eso es tan importante, cuando se dice «así en la tierra como en el cielo», que nuestra referencia sea la de los santos, que seamos amigos fuertes de los santos. Ser amigos fuertes de los santos, aprender mucho de ellos lo que es cumplir la voluntad de Dios.

Y por cierto, en el evangelio de hoy se dice de Juan Bautista que *«es el mayor de los nacidos de mujer»*, no hay nadie en este mundo más grande que Juan Bautista; pero luego añade: *«Pero el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que Juan Bautista»*. Lo cual quiere decir que se haga la voluntad aquí en la tierra como en el cielo, porque los que están en el cielo son los que verdaderamente están gozando de la voluntad de Dios. El santo más pequeño del cielo, es mayor que el mayor de los santos en esta vida. Luego nuestro modelo es lo que pasa en el cielo, ¿me explico?, porque en el cielo se vive la voluntad de Dios como una gran fiesta. Nosotros tenemos que apuntar a aquello, a que para mí la voluntad de Dios sea gozosa, que sea una gran fiesta como ocurre en el cielo,

Si en la tierra se hiciese la voluntad de Dios como en el cielo, la tierra cambiaría. O sea, que nos quede claro: el mundo sería distinto si aquí se hiciese la voluntad de Dios como en el cielo, el mundo sería feliz. ¿Cuál es la causa de que en este mundo haya tanto sufrimiento? A ver, que no se hace la voluntad de Dios, que cada uno va a lo suyo, que cada uno va a lo suyo, a lo suyo...; como aquel que decía: *«Aquí todo el mundo va a lo suyo, menos yo que voy a lo mío»*. Pues claro, a ver, no hacemos la voluntad de Dios, el mundo sería feliz si hiciese la voluntad de Dios, por eso nuestra referencia es el cielo, es nuestra referencia,

Entonces, queridos hermanos, yo solamente os deseo, nos deseamos mutuamente, que cada vez que recemos esa expresión, «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo», nos enamoremos de la voluntad de Dios. Pidamos la gracia de entender que la voluntad de Dios es mi felicidad, y pedirle a Dios que vaya configurando mis deseos a su voluntad, no configurar su voluntad a mis deseos.

Cuando una barquichuela llega a un puerto, el marinero que va en esa barca lanza la soga, la coge en la boya y entonces empieza a tirar, empieza a tirar, pero lo que se acerca no es el puerto a la barca, sino la barca al puerto. Pues así ocurre con nosotros,

que lo que queremos es que mis deseos... «yo le pido a Dios», ya, pero en mi petición es mi voluntad la que se está asemejando, la que se está adhiriendo a la voluntad de Dios, la que se está conformando con la voluntad de Dios; luego a Dios le pedimos hacer su voluntad y además que su voluntad sea nuestra alegría, que configure mis deseos. Y ese es un don, lo que especialmente nos lo quiere dar teniendo a María y a José como modelo de perfecto cumplimiento, gozoso cumplimiento de la voluntad de Dios.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.